

Nueva muestra de Rogelio Pretto:

Viaje fantástico hacia la Paz Nacional

Por Edgar Soberón Torchia

Una característica del arte que maravilla desde tiempos inmemoriales, es el testimonio que da el artista de su momento histórico. El arte adquiere nuevas dimensiones cuando, a través de su arma expresiva, el artista no se limita a expresar su individualidad, sino que da forma plástica al debate ideológico de su tiempo. Bajo la musa de la "Paz Nacional", Rogelio Pretto nos presenta una nueva colección de 42 témperas, que ciende el malestar espiritual de los "firifiris dieciochescos" que esperan jeroglíficos artísticos que sólo puedan ser descifrados con sus lupas oscurantistas. Esta nueva cosecha de Rogelio Pretto dignifica la plástica, porque es un logrado y sincero esfuerzo por plasmar la panameñidad en armonía con temas personales, queridos y/o aberrantes según el ojo que los mira, del artista.

Desde el momento en que Rogelio irrumpió en la plástica hasta el presente, su técnica ha ido en ascenso, paralelamente a la reiteración de temáticas y la evidencia de constantes estilísticas que han borrado cualquiera duda de que su aproximación al arte fuera advenediza u oportunista. Aquí está otra vez su cosmos —tan suyo como nuestro— siempre expresivo de su afán por expandirnos hacia conceptos universales, internacionales y colectivos. Allí están en sabia contemplación su grillo, en su comunidad revertida, junto a su compañera y Derek, su hijo; no faltan sus cintas, su humor optimista y su gusto por una pictórica diáfana que narre hechos para que el observador establezca nexos inmediatos con su realidad concreta, y luego remitirlo a un placer animico que motiva la reflexión y electrifica el intelecto.

En esta ocasión, su obra nos devuelve quince años y tres meses de historia patria, motivada por la nueva disyun-

es tan panameña y vigente como una carimañola o el boxeo. Con el color nativo nos deleita, pero nos lanza a la vez un gancho izquierdo a ver si "nos ponemos las pilas" como entes biosicosociales con la obligación de cumplir nuestros roles históricos.

Su obra (finalmente) penetrará los muros ecuménicos del Museo de Arte Contemporáneo a partir del 31 de enero, pero muy bien tendría igual éxito si colgara en los puestos de venta de Salsipuedes, porque esta vez su arte trasitiva de ejercer otra vez el voto. El hombre cotidiano sujeto a la manipulación del poder, resiente el impedimento a sentirse participe de los derroteros de su patria; o a verlos en manos de individuos iletrados o desinformados que lesan la integridad nacional. "Se empieza por casa", dicen, y Rogelio parte de su habitat directo, de sus preocupaciones fundamentales, para entender y hacernos comprender el ajedrez político nacional en un marco más amplio: cosmológico. Pareciera decirnos que nuestra indiferencia frente al devenir histórico nacional, no nos exime de responsabilidad de cara al malestar de la humanidad y la desarmonía del Universo.

En nuestra obra favorita, "El Franco Tirador", un niño apunta su rifle al Fantasma de la Paz. A partir de este cuestionamiento indirecto a la "democracia" (tanto a la que se dice que existe, como a la que los neofascistas quieren implantar con marchas antidemocráticas), Rogelio nos invita a repasar con su arte nuestra vida política y a cuestionar la interpretación chauvinista de los ideales nacionales para evitar futuros errores.

Basta de nacionalismos de pacotilla y de bazofia patrioter. La dignidad de la patria va más allá de la vanagloria de banderines, y no está en el culto a los oficiantes del poder ni en las posturas deificadas que asumen en sus ritos.

No está en tricolores monótonos, ni en la fuerza bruta de un militarismo subdesarrollado e inmoral, ni en el panameñismo vocinglero y racista o en el folklorismo boxístico. Rogelio sabe que su obra puede ser mal interpretada y utilizada por aquellos interesados en "la necesidad de volver al estado anterior de las cosas", a la pseudogloria oligárquica entreguista. Para ellos, un poquito de atención a los detalles, les advertirá que están equivocados.

Resulta que el mundo ha girado bastante, y la luz de una era científica a favor de los intereses colectivos de la humanidad (y no de pequeños bolsillos), irradia sobre el planeta. Y Panamá no está en Urano. El baño nacionalista que ha tomado el país debe madurar o puede anquilosarse en un estado retardatario si las cuentas no se ajustan, mientras que el odio, el miedo al cambio, el egoísmo, el racismo y los intereses de sectores privilegiados, se afianzan en el poder, sea cualquiera su origen. El fascismo se consolida, mientras nos entretienen asustan con fantasmas rojos foráneos (cuando el ogro está realmente en casa) y repetimos consignas elaboradas en Washington y Moscú. Estas y otras tantas reflexiones son motivadas por esta producción renovadora de Rogelio Pretto.

Un segundo aspecto que deseamos destacar en algunas obras de la colección, es su aproximación a la concreción de una necesidad histórica panameña, el rescate de nuestra imagen. El falso nacionalismo rehuye la valoración de la imagen del panameño, y continúa la línea exaltadora del modelo caucásico, anglosajón o norteamericano. Las artes plásticas han comenzado a retratar a nuestros hombres y mujeres, de igual manera que los medios audiovisuales ya elaboran fórmulas (con las fallas propias de todo inicio) para devolvernos la autoestima de "cómo somos" en

cuñas, cortos y fotografías.

En parte, la razón de esta carencia en el pasado, estriba en la concepción del arte como un acto religioso patrocinado por el poder económico para justificar sus estatus privilegiado. ¿Acaso no están poblados los museos de "obras maestras" dedicadas a retratar la burguesía emergente de siglos anteriores? Pero el arte sale a las calles, va en búsqueda de nuevos públicos y nuevos artistas, y se derrumba el mito del pueblo incapaz de disfrutar y participar en la creación artística.

En este sentido, la obra de Rogelio Pretto se acoge a la tendencia del artista nacional, de retratar a la gente del pueblo. Ya no se trata de esbozar al mecenas, o de pintar el Casco Viejo, indígenas y empolleradas, sino de rescatar el sincretismo étnico panameño. Junto a familiares y jerarcas que resultan conocidos, Rogelio retrata con optimismo al hombre de la calle (mayormente "tongos" —en buen panameño— por la temática de la colección).

Esta característica y la señalada al principio de estas notas, dan a su obra un carácter popular que le permite acercarse a todos los estratos sociales. No cabe aquí embuarnos en consideraciones técnicas pertinentes a otro tipo de escrito, si bien no está de más aplaudir su admirable uso de la luz, la belleza de su policromía tropicalista o el conocimiento que muestra en el manejo de la témpera; porque queremos enfatizar el carácter popular de la obra y su capacidad para encaminarnos hacia discusiones más profundas de los roles sociales, económicos, políticos y espirituales que todos jugamos. Este enfoque de Rogelio Pretto, dota a su obra de la relevancia social que dignifica el Arte y lo hace imperecedero.



Zen Master, forma parte de la colección de 42 témperas de Rogelio Pretto que será inaugurada hoy a las 8:00 de la noche en la Sala Panarte del Museo de Arte Contemporáneo.